



ORAR EN EL MUNDO OBRERO

XXV Domingo del Tiempo Ordinario C • 18 septiembre 2022 • www.hoac.es



Me dispongo a la oración con estos textos

“ La codicia, afán desordenado de dinero y de poder, ha creado la máquina productora de los pobres en serie.

—Guillermo Rovirosa, O.C. T.V. 477

“ Solidaridad es pensar y actuar en términos de comunidad, de prioridad de la vida de todos sobre la apropiación de los bienes por parte de algunos. También es luchar contra las causas estructurales de la pobreza, la desigualdad, la falta de trabajo, de tierra y de vivienda, la negación de los derechos sociales y laborales. Es enfrentar los destructores efectos del Imperio del dinero.

—Francisco, *Fratelli tutti*, 116

Acojo la presencia de Dios y me sitúo en la vida

Va terminando un verano que ha puesto de manifiesto los destructores efectos del imperio del dinero: muertes en accidentes laborales que no paran de crecer, algunas por efecto asociado del cambio climático que genera la codicia desmedida con que depredamos los recursos naturales. La misma codicia que ha devastado la creación, y asolado de incendios nuestros campos y montes. Hambrunas que se extienden mientras hay quien se enriquece a costa de los pobres. Precios desorbitados de bienes y servicios para enriquecimiento de grandes corporaciones. Señores de la guerra que hacen de su culto al dinero la razón del sacrificio de vidas de personas y pueblos. Todo esto hubiera denunciado, con sus mismas palabras, el profeta Amós (8, 4-7).

Más conscientes hemos de ser, aún, de nuestra necesidad personal y colectiva de conversión. No caben componendas. No podemos servir a Dios —en las personas— y al dinero.

Dios de amor,
muéstranos nuestro lugar en este mundo
como instrumentos de tu cariño
por todos los seres de esta tierra,
porque ninguno de ellos está olvidado ante ti.
Ilumina a los dueños del poder y del dinero
para que se guarden del pecado de la indiferencia,
amen el bien común, promuevan a los débiles,
y cuiden este mundo que habitamos.
Los pobres y la tierra están clamando:
Señor, tómanos a nosotros con tu poder y tu luz,
para proteger toda vida,
para preparar un futuro mejor,
para que venga tu Reino
de justicia, de paz, de amor y de hermosura.
Alabado seas.
Amén.

(Francisco, *Laudato si'*)





ORAR EN EL MUNDO OBRERO

XXV Domingo del Tiempo Ordinario C • 18 septiembre 2022 • www.hoac.es



Hoy me dice LA PALABRA...

Lucas 16, 1-13. No podéis servir a Dios y al dinero



Decía también a sus discípulos: «Un hombre rico tenía un administrador, a quien acusaron ante él de derrochar sus bienes. Entonces lo llamó y le dijo: “¿Qué es eso que estoy oyendo de ti? Dame cuenta de tu administración, porque en adelante no podrás seguir administrando”.

El administrador se puso a decir para sí: “¿Qué voy a hacer, pues mi señor me quita la administración? Para cavar no tengo fuerzas; mendigar me da vergüenza. Ya sé lo que voy a hacer para que, cuando me echen de la administración, encuentre quien me reciba en su casa”. Fue llamo-

mando uno a uno a los deudores de su amo y dijo al primero: “¿Cuánto debes a mi amo?”. Este respondió: “Cien barriles de aceite”. Él le dijo: “Toma tu recibo; aprisa, siéntate y escribe cincuenta”. Luego dijo a otro: “Y tú, ¿cuánto debes?”. Él dijo: “Cien fanegas de trigo”. Le dice: “Toma tu recibo y escribe ochenta”.

Y el amo alabó al administrador injusto, porque había actuado con astucia. Ciertamente, los hijos de este mundo son más astutos con su propia gente que los hijos de la luz. Y yo os digo: Ganaos amigos con el dinero de iniquidad, para que, cuando os falte, os reciban en las moradas eternas. El que es fiel en lo poco, también en lo mucho es fiel; el que es injusto en lo poco, también en lo mucho es injusto. Pues, si no fuisteis fieles en la riqueza injusta, ¿quién os confiará la verdadera? Si no fuisteis fieles en lo ajeno, lo vuestro, ¿quién os lo dará? Ningún siervo puede servir a dos señores, porque, o bien aborrecerá a uno y amará al otro, o bien se dedicará al primero y no hará caso del segundo. No podéis servir a Dios y al dinero».

Palabra del Señor

Acojo la Palabra en mi vida

El trasfondo de la parábola no es simplemente lo que hacemos con nuestros bienes, cómo usamos nuestro dinero, sino cómo administramos los bienes que nos han sido confiados. Es ponernos en la clave de que somos administradores y no dueños de lo que somos y tenemos.

Pongámonos en el lugar del administrador injusto. Se nos han confiado también bienes ajenos, bienes comunes, que son de Dios, y que él mismo pone en nuestras manos para administrarlos con justicia: la creación que se nos entrega para cultivarla, para cuidarla, para hacerla crecer y servir. La propia vida que se nos entrega para ponerla al servicio del Reino y de la fraternidad concreta.

La vida de los demás, de cuyo cuidado somos fraternalmente responsables y por la que hemos de responder ante Dios.



ORAR EN EL MUNDO OBRERO

XXV Domingo del Tiempo Ordinario C • 18 septiembre 2022 • www.hoac.es



Somos administradores de la vida regalada por Dios, administradores de los bienes comunes, de la casa común, de la que no podemos ni debemos apropiarnos en beneficio exclusivo; a la que hemos de cuidar tejiendo redes de cuidado y fraternidad.

El administrador injusto hace del dinero ajeno su propiedad, y el uso que realiza de él, durante su administración y al terminar esta, es en beneficio propio, aun a sabiendas de la injusticia de su proceder.

La invitación del Evangelio, en cambio, nos lleva a trastocar las prioridades, optando por servir a Dios en quienes realmente necesitan de nuestro amor responsable y de nuestro cuidado: las víctimas del sistema, los empobrecidos, quienes pueden asegurarnos –no en vano son sacramento de Dios– el ser recibido «en las moradas eternas». Recordemos que «cuanto hicisteis a uno de estos pequeños, a mí me lo hicisteis».

Es el camino de la compasión y la justicia, de la fraternidad y el cuidado, de la entrega de la propia vida por amor lo que nos humaniza y humaniza la existencia de las personas empobrecidas.

Ese cuidado lo ejercemos con nuestras prácticas personales de vida eucarística, con la vida expresada en la pobreza, humildad y sacrificio con las que construimos comunión de vida, de bienes y de acción.

Lo ejercemos con la denuncia de las condiciones injustas de vida que depredan la creación y nos incapacitan para la comunión y la vida buena. Lo ejercemos cuando, proféticamente, alzamos nuestro voz contra todo aquello que sacrifica la vida humana en el altar idólatra de este egoísta sistema capitalista, neoliberal, patriarcal, que provoca empobrecimiento y desigualdad, abandonando a tantas personas a su suerte. Como hace el profeta Amós (8, 4-7) en la primera lectura de hoy.

Ejercemos ese cuidado cuando, con la astucia del administrador de la parábola, vamos tejiendo redes solidarias de fraternidad, cuando vamos tejiendo redes de cuidado y hacemos que el dinero sirva, que la economía sirva, que la política sirva al bien común.

Quien se apropia algo es solo para administrarlo en bien de todos. Si no lo hacemos, cargamos sobre la conciencia el peso de negar la existencia de los otros (LS 95). La forma correcta de interpretar el concepto del ser humano como «señor» del universo consiste en entenderlo como administrador responsable (LS 116).

Un mundo frágil, con un ser humano a quien Dios le confía su cuidado, interpela nuestra inteligencia para reconocer cómo deberíamos orientar, cultivar y limitar nuestro poder (LS 78).

La espiritualidad cristiana es la espiritualidad del cuidado. Mi proyecto de vida quiere ayudarme a crecer en la mística del cuidado de la vida: la propia, la de mis hermanas y hermanos, y la de la casa común. Desde la oración, ¿cómo me siento convocado a la tarea del cuidado? ¿Cómo concreto mi compromiso para avanzar en la espiritualidad y la mística del cuidado?



Vuelvo a poner mi vida en manos del Padre

Oración por nuestra tierra

Dios omnipotente,
que estás presente en todo el universo
y en la más pequeña de tus criaturas,
Tú, que rodeas con tu ternura todo lo que existe,
derrama en nosotros la fuerza de tu amor
para que cuidemos la vida y la belleza.
Inúndanos de paz,
para que vivamos como hermanos y hermanas
sin dañar a nadie.
Dios de los pobres,
ayúdanos a rescatar
a los abandonados y olvidados de esta tierra
que tanto valen a tus ojos.

Sana nuestras vidas,
para que seamos protectores del mundo
y no depredadores,
para que sembremos hermosura
y no contaminación y destrucción.
Toca los corazones
de los que buscan sólo beneficios
a costa de los pobres y de la tierra.
Enséñanos a descubrir el valor de cada cosa,
a contemplar admirados,
a reconocer que estamos profundamente unidos
con todas las criaturas
en nuestro camino hacia tu luz infinita.
Gracias porque estás con nosotros todos los días.
Aliéntanos, por favor, en nuestra lucha
por la justicia, el amor y la paz.

(Francisco, Laudato si")



Termino ofreciendo toda mi vida a Jesús

Señor, Jesús, te ofrecemos, todo el día, nuestro trabajo, nuestras luchas,
nuestras alegrías y nuestras penas...

Concédenos, como a todos nuestros hermanos de trabajo, pensar como Tú,
trabajar contigo, y vivir en Ti.

María, madre de los pobres, ruega por nosotros.